

idiosinerasia. Se acordó de rebeldía lírica y pasó por las calles su inflexible dedén de inadaptada.

Cierta ocasión un poeta joven pretendió cortejarla y con rimas intrépidas atrevióse a modular sus cuitas. Pero he aquí que el rendido madrigalista se encontraba en el caso de abandonar a su antigua prometida para consagrarse a la "Dea", como él gustaba llamar a la poetisa. Indigné a María Eugenia la situación de competidora en que la colocabá el citado y al impulso de su soberana lealtad íntima, envióle, con la firma de su prometida, este soneto:

"Deja dormir en paz el alma de la "Dea"—
Sobre la torre angusta de su melancolía,—Deja que
surque sola su trágica odisea.—Y tú, marcha con-
migo sobre la misma vía.—Ofréndérá su sangre
para tu idolatría—mi corazón humano donde el
amor flamea...—Yo guardo entre mis labios la dulce
miel bíblica—ella, no puede darte la sabrosa ambro-
sia l—Su pecho está sepulto bajo una áurea coraza
—el mío fervoroso, conservará tu raza—su "hermo-
sura" es de sombras—mi belleza es de luz.—Las dos
vamos prendidas por un azar distante—Yo de tus
brazos entre la carne palpitante,—ella, de la quimera,
sobre la eterna cruz".

Efectivamente, fué la quimera su cruz. Quimera
luminosa de estrellas, perfumada de castos effluvios,
trémula de canciones, insondable de meditación, mi-
llonaria de angustias. Fijo el númen en su inmutable
predestinación: Ananké de su gloria, impávido en

el término de su calle de amargura, paso a paso la recorrió por entero al ritmo de su inmensa nostalgia...

! Y se perdió en una sombra de astros! La tierra propicia la llamó de nuevo y apresuró el regreso. Cumpliéndose así la previsión de sus versos, (1) volvió a la tierra "triste de orgullos nobles e infecundos y con la virginidad de la estatuas." La tierra la habla "brotado caprichosamente alguna vez en que se confundieron sus potencias en una sola ráfaga." Fué así cómo hubo encontrado su senda, después de perderla en la "salvaje selva de su perpetuo afán contradictorio." Fué así cómo pudo, "tirar los ojos entre los astros quietos; tirar la boca entre los cálices de ferviente aroma." Fué así cómo dió su "último adiós al insondable enigma del deseo", invadiendo el imperio de la entraña materna,

"Con un sayal mortuario toda enmullida
"Como en una bandera libertaria"...

¿Perdurará todavía en sus ojos el miraje de oro, en su garganta el trino, la desazón profética en su espíritu de sangre y mármol, y en sus venas los heroicos rubles, y el incendio solar de su corazón?

1924.

(1) «El Regreso».